

VAGA IDEA DE UN MURCIANO UNIVERSAL  
EN SIETE EMPRESAS

*SECRETUM MEUM MIHI*

**L**AS biografías que conozco de Saavedra Fajardo no hacen más que barajar cronologías e itinerarios: el espacio y el tiempo en que se desarrolló la intensa vida del personaje. Pero una existencia humana no puede explicarse «more geometrico» por un sistema de coordenadas. Y «el hombre Saavedra Fajardo» —«la máquina psicofísica, el aparato vital»— se nos escapa, vapor sutil e inaprehensible, por entre el enrejado de fechas y toponímicos con el que se ha pretendido definirle, es decir, delimitarle.

«Secretum suum sibi»; ni podía esperarse otra cosa del que durante más de cuarenta años se ejercitó en el difícil arte de guardar secretos, del arquetipo «siglo XVII» del Secretario. El celoso guardador de cifras y claves parece que se complugó en llevarse al sepulcro la de su íntimo «yo».

Algo del cual se ha pretendido rastrear en su obra, pero con un método de deducción inmediata, incongruente con la sutileza y la reserva del biografiado.

Roche y Tejera señalaron ya la importancia de opúsculos como la «Relación de la jornada al Condado de Borgoña», y, hace algunos años, González Palencia enriqueció el epistolario y subrayó su valor biográfico.

Quizá dentro de algunos más, cualquier investigador —nacional o foráneo—, a base de esos materiales y los que aún puedan aparecer, y auxiliándose con métodos de investigación psicológica hasta ahora no em-



pleados, nos brindará una interpretación de nuestro paisano en la que se haya, por lo menos, intentado describir el cogollo de su alma.

En ningún caso como en el de Saavedra Faardo se justificaría el empleo de todos los medios que la psicología actual pone a disposición del biógrafo. No sólo el psicoanálisis, aplicado ya sistemáticamente por Stefan Zweig a la reconstrucción de personajes históricos, sino también las llamadas por Klages «ciencias de la expresión»: grafología y fisiognomía, concretamente.

Engolosina imaginar los resultados a que podría llegarse por la conjunción de estos métodos y los tradicionales, en el estudio de figura tan típica y representativa de una época española.

Las alegorías o emblemas grabados para ilustración de las «Empresas políticas» —seguramente con arreglo a minuciosas instrucciones del propio Don Diego, similares a las que conocemos bajo el título de «Apuntamientos para las Empresas»—, esas alegorías que, en muchos casos —y yo creo que no sin motivo—, recuerdan al lector actual dibujos superrealistas de inspiración onírica, constituyen un arsenal de símbolos que bien pudieran encerrar significación más profunda y humana que la de servir para «memoria artificiosa» del cuerpo literario de la obra. Incluso la elección de los motes o leyendas de sus capítulos, cabría estudiarla desde puntos de vista distintos de la mera crítica literaria.

Y, en las cartas autógrafas, es muy posible que nos dijera más la materialidad de los rasgos que las palabras por ellos representadas. Pues «en todo movimiento se manifiesta el carácter de su ejecutor» (Klages), y el disimulo más refinado no llega a vencer nunca la espontaneidad de la escritura.

Así como los retratos, una vez indudable su autenticidad, nos aproximarían (con arreglo a la fórmula de Ortega: «la figura, expresión del carácter; el carácter, escultor de la figura») al conocimiento de quien, en el que ahora tengo la vista (edición Aguilar de Obras Completas), nos presenta características indiscutibles de pensador y de «persona autodominada» (Lange).

Este clásico autodomínio, que le permite asumir íntegramente su personalidad oficial, nos impide ver, en todo momento, al hombre Saavedra Fajardo. Porque desde los catorce años, si fuera cierta la suposición de Roche y Tejera, o, al menos, desde los veintidós con toda evidencia, tiene cargo oficial hasta su muerte.



Considerando cómo es posible, sin forzar demasiado las correspondencias, ajustar su propia vida a las divisas de su obra capital, se nos ocurre que el autor pretendió formar un príncipe a su imagen y semejanza. Más claro: que le brindó, no sólo las «experiencias adquiridas en treinta y cuatro años», sino sus propias normas de conducta, su «estilo de vida». (Recuérdese la Empresa I: «El maestro se copia en el discípulo, y deja en él un retrato y semejanza suya.»)

De este modo, el que por nacimiento fue segundón de una noble casa, y por destino y propensión natural se movió casi siempre en un segundo plano —desde el que manejaba, sin embargo, figuras mucho más vistosas— se erigió, no ya en maestro, sino en modelo de un príncipe, y, al convertirlo en «otro yo», daba solución a un conflicto entre dos tendencias contrapuestas y quizá ninguna consciente: el deseo de mantenerse en segundo término y una antigua ambición infantil de ocupar el primer puesto, el que en las atenciones de familiares y deudos correspondió por derecho al mayorazgo.

Queda esto dicho a título de aventurada hipótesis.

De la infancia de Saavedra Fajardo no sabemos nada, ni siquiera el dato tempoespacial, abundante a partir de su juventud. Desconocemos, en consecuencia, los años que más pueden iluminar sobre la vida y la conducta posteriores del individuo.

Se tome o no en consideración la hipótesis más arriba expuesta, lo indiscutible es que el hecho de no ser primogénito resultó decisivo para la trayectoria vital de Don Diego: estimuló, sin duda, su ambición y le lanzó por los amplios caminos del mundo.

Mayorazgo, no hubiera sido clérigo —carrera entonces de segundones— y, tanto por el matrimonio como por el cargo, que le hubiera correspondido, de regidor perpetuo de Murcia, se habría quedado definitivamente aquí.

Fácil —y tentador— sería continuar esta «crónica» imaginándonos a un Don Diego contertulio de las «Academias del Jardín», que hubiera escrito quizá la «República Literaria», pero jamás las «Empresas», la «Corona Gótica» ni los opúsculos políticos. En cambio, hubiese cultivado más copiosamente la poesía y los géneros de pura inventiva en que, según la opinión de Menéndez Pelayo, «hubiera descollado» mucho más que en el



magisterio público» por «la fuerza plástica de sus ficciones», cualidad netamente levantina que alcanza una conocida cumbre en Gabriel Miró.

### QUI A SECRETIS AB OMNIBUS

Si leemos las «Empresas Políticas» con el afán de descubrir bajo lo retóricamente humanista lo puramente humano, ¡qué reveladores se nos antojan algunos trozos! Como esta encendida exaltación del Secretario (Emp. LVI) en que se llama a los evangelistas «secretarios de Dios»...

«Mírense bien los tiempos pasados y ningún estado se hallará bien gobernado sino aquel en que hubo grandes secretarios».

¡Gran secretario, el caballero Don Diego! Porque «la parte más esencial en el secretario es el secreto; de quien se le dio por esto el nombre, para que en sus oídos le sonase a todas horas su obligación».

Obligación que, con disciplina de hierro, cumplió él hasta la tumba y que acabó de inhibir seguramente la escasa espontaneidad de su carácter. «La lengua y la pluma son peligrosos instrumentos del corazón».

Y más adelante, al final de la Empresa : «No será bueno para secretario quien no fuese tan modesto que no escuche más que refiera, conservando siempre un mismo semblante, porque se lee por él lo que contienen los despachos».

Secretario de nacimiento, poseía Don Diego la modestia (¿compulsiva?) que exige para el cargo, y que se manifiesta aún más explícitamente en el desarrollo de su Empresa X, «Fama nocet» :

«No es menos peligrosa la buena fama que la mala». «El que se levanta entre los demás, ése peligras».

### NE QUID NIMIS

A un amigo, ya desaparecido, murciano y diplomático como Don Diego y gran devoto suyo, debo la noticia de unas palabras del ex ministro de Asuntos Exteriores Lequerica, en las que, contestando al discurso de un representante helvético, suponía que la estancia en Suiza sirvió a nuestro paisano del XVII para aprender la moderación característica de aquel pueblo.



La ocurrencia de Lequerica, sumamente galante y oportuna, sólo puede convencer, sin embargo, al que desconozca por completo a Saavedra Fajardo.

No necesitaba éste residir en los Cantones Esguizaros para asimilarse una cualidad que era consustancial a su carácter y que, como otras tantas, habría que asignar más bien a su naturaleza murciana.

Aun el murciano inculto suele ser hombre moderado. ¿Qué mucho que lo fuera, en su doble condición de murciano y humanista, el caballero Don Diego, cifra y compendio de lo que es capaz un murciano inteligente con voluntad para resistir al letal encanto de la patria chica? No sin razón me he complacido en llamar a Saavedra «murciano universal» —con paráfrasis de Juan Ramón Jiménez, que se denominaba a sí propio «el andaluz universal»—.

Francisco Ayala, uno de los comentaristas de nuestro paisano, le señala como cualidades intrínsecas «su moderación, sus honestas precauciones, el orden de su vida, su aprecio de las posiciones oficiales y, sobre todo, su aceptación de las circunstancias reales y su disposición a servir dentro de ellas». ¿No son éstas, por lo menos en sus dos terceras partes, cualidades comunes al tipo de murciano culto? (Excluyo, sin demasiada convicción, el «aprecio de las posiciones oficiales» y, con mucho mayor convencimiento, «la disposición a servir» dentro de cualquier circunstancia).

### *NON OPUS EST VERBIS, CREDITE REBUS AIT*

En el antepenúltimo de los llamados «Apuntamientos para las Empresas» se recoge el conocido episodio del Rey Don Pedro y las medias naranjas vacías que, flotando sobre el estanque, daban la impresión de enteras.

Saavedra Fajardo fue hombre que, como el escribano Farsem, inquirió siempre si lo que veía nadar no sería sólo la apariencia de naranjas enteras.

Conocer primero las circunstancias reales para acomodarse en cada caso a ellas y obrar conforme a los dictados de la prudencia, «porque el fin de la ciencia civil o política es conocer y practicar juntamente».

Reputo este sentido de la realidad —ya queda dicho— esencialmente murciano, porque no puede darse sin el previo desapasionamiento que los



estoicos llamaron «apatía». Por desgracia, la generalidad de los murcianos somos apáticos, no sólo en la acepción filosófica, sino en la más corriente y peyorativa del vocablo.

Pero —también lo he dicho antes— considero al autor de las «Empresas» como la superación del murciano.

Al hombre suelen moverle las pasiones; por eso, el murciano —desapasionado— cae en la inercia. Pero el caballero Don Diego, anticipándose al consejo de Espinosa, supo hacer de la razón una pasión; por eso, se movió tanto y tan diestramente.

Propende generalmente el murciano, quizá como disculpa íntima de su inacción, a la desconfianza. Saavedra Fajardo logra vencer esta proclividad, hallando —armonía de los contrarios— la fórmula exacta: «Fide et diffide» (Emp. LI). Y así, a renglón seguido de esta rotundá expresión escéptica: «Quien no duda, no puede conocer la verdad», viene la solución práctica: «Confíe como si creyese las cosas y desconfíe como si no las creyese».

Largos años de duro aprendizaje en la vida debió costar al autor de las «Empresas» la de conseguir que el pensador —y, por tanto, indeciso— que llevaba dentro, se acostumbrase a «resolver y ejecutar». Porque en la «República Literaria», que es obra de juventud, hallamos este desahogo de hombre al que todavía le cuesta grave esfuerzo decidirse: «...que muchas veces acierta el acaso lo que erraría el cuido y que *tal vez conviene obrar con los primeros ímpetus de la naturaleza*».

Pero, al final, en eso como en todo, logra vencerse a sí mismo y nadie que conozca la «Relación de la jornada al Condado de Borgoña» y le vea convertido en hombre de acción, afrontando y resolviendo, con rapidez y serenidad de estrategia, un sinnúmero de imprevistas dificultades agobiosas, dejará de pasmarse ante el «camino de perfección» recorrido por aquel joven pensador que escribiera las palabras más arriba transcritas.

En esta ascética superación de sí mismo, difiere radicalmente Saavedra Fajardo del francés Miguel de Montaigne, con el que coincide, por otra parte, en muchos puntos. No es ésta la ocasión de intentar un paralelo —o, mejor, convergencia y divergencia— entre ambos, asunto tentador desde el punto de vista de la psicología de las razas. Los dos tienen una sólida formación humanista, especialmente latina, y tanto uno como otro separan sabiamente sus ideas filosóficas —escépticas— de sus creencias religiosas y políticas. Los primeros ensayos de Montaigne —los menos sub-



jetivos— se parecen en su acopio de erudición y en su estructura literaria a las «Empresas». Pero Montaigne deserta de los rigores de la realidad y se encastilla en su torre, mientras Saavedra se ejercita en vencerlos, cada vez con mayor dominio, hasta su muerte. Ocio hedonista, el del francés; «trabajosa ociosidad», la del hispano.

### SIEMPRE EL MISMO

Así como en esta Empresa XXXIII propone el autor al príncipe «como espejo a sus vasallos», yo propondría al caballero Don Diego como espejo de sus paisanos. Para que contemplásemos en él de qué modo las cualidades y los defectos que nos son consustanciales —entre unas y otros no suele haber más que una diferencia de grado— pueden llegar a la excelencia.

Caracteriza al murciano culto —a diferencia del huertano «que sale fino»— conservar su manera de ser y de hablar por muchas tierras que visite. Y no deja de resultar agradable, sabiendo que el lenguaje es la más importante manifestación de la personalidad, comprobar que los murcianos la tenemos bien acusada, puesto que no la perdemos al mezclarnos con extraños por muchos «silbos de serpiente» con que nos tienta la fonética de sus eses.

Pero esta misma cualidad encierra el germen de un terrible defecto: el de impermeabilizarnos a lo mejor por el hecho de ser extraño.

No fue éste el caso de Saavedra Fajardo, y prueba de ello, al mismo tiempo que de su tierno recuerdo hacia la patria chica —perpetuo ausente y, en el más soterrado fondo, perpetuo nostálgico— es la carta que el 21 de marzo de 1631 dirigía al Ayuntamiento sobre los medios de hacer navegable el Segura:

«...Las naciones extranjeras, más atentas que nosotros a su conservación y aumentos, ayudan y suplen con su industria y arte lo que no les concedió la Naturaleza...».

Siempre los mismos, pero mejorando siempre y constantemente; he aquí la gran lección y el gran ejemplo del murciano universal.

### QUI LEGITIME CERTAVERIT

Para apreciar la ley de un político, bastará contrastar sus acciones en la piedra de toque de sus palabras; comprobar si hizo o no lo que predicó



que debía hacerse. La honradez del caballero Don Diego muestra en la prueba sus dieciocho quilates. De ahí, su tranquilidad ante la muerte, corona de una vida digna. Puede enorgullecernos que nuestros dos grandes políticos —Saavedra en el XVII y Floridablanca en el XVIII— fueran modelo de honradez.

«Pero en este anfiteatro de la vida no basta haber corrido bien si la carrera no es igual hasta el fin». «Los toques más perfectos del pincel o del buril no tienen valor si queda imperfecta la obra».

Perfecta fue la obra de este «escultor de su alma», que conservó hasta el final —como demuestra su testamento, redactado tan sólo once días antes de su fallecimiento— el buen juicio y la serenidad clásica que le adornaron toda su vida.

No es posible admitir ese trasunto caricaturesco que en la Tabla XVII de «Murcia que se fué» nos adereza con sus irritantes oraciones de verbo a la cola, Fuentes y Ponte. El anciano Don Diego, modelo de elegante autodomínio, no pudo llegar a ser nunca ese viejo gordo y sentimentalón que llora una vez y otra a moco y baba. Su emoción cuando visitara Algezares para despedirse de su pueblo natal tuvo que ser la emoción contenida de quien, y el retrato es de pluma enemiga, «avait dans sa manière de negocier beaucoup de hauteur et de fierté», del que hasta después de muerto ganó, Cid de elegancia, batallas de distinción, pues —como dice el Marqués de Molíns— «hasta en las calaveras hay estética» y el «bello cráneo» de Saavedra Fajardo sirvió de ornato mucho tiempo en los túmulos mortuorios.

Atrás quedan, etapas gloriosas de una vida, Roma, Ratisbona, los Cantones Esguizaros, Münster...

Merecido epitafio del apático insigne podría ser esta frase de Ortega: «Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo del gran político».

